





NO ES  
AMOR



# ALI HAZELWOOD

NO ES  
AMOR

Traducido del inglés por Nerea Gilabert Giménez

CONTRALUZ



Título original: *Not in Love*

Esta edición ha sido publicada mediante acuerdo con Berkley, un sello de Penguin Random House Publishing Group, una división de Penguin Random House LLC.

Diseño de colección: Estudio Sandra Dios

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



PAPEL DE FIBRA  
CERTIFICADA

Copyright © 2024 by Ali Hazelwood  
© de la traducción: Nerea Gilabert Giménez, 2024  
© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.)  
Madrid, 2024  
Calle Valentín Beato, 21  
28037 Madrid  
[www.contraluzeditorial.es](http://www.contraluzeditorial.es)

ISBN: 978-84-19822-12-3  
Depósito legal: M. 6.435-2024  
Printed in Spain

*Para Jen. A veces me pregunto qué haría sin ti  
y me entra muchísimo miedo.*

*P. D.: La verdad es que el chocolate blanco está bueno.*

*P. P. D.: Cuando leas esto, dale una galleta a Stella  
de parte de su tía Ali*

# NOTA DE LA AUTORA

Querido lector:

Solo quería dejar una breve nota para que supieras que *No es amor* tiene un tono un poco diferente al de las obras que he publicado hasta ahora. Rue y Eli se han enfrentado —y se siguen enfrentando— a secuelas por problemas relacionados con el duelo, la inseguridad alimentaria y el abandono infantil. Tienen ganas de establecer una conexión, pero no saben muy bien cómo hacerlo si no es mediante una relación física. A mi parecer, el resultado es una historia que, más que una comedia romántica, se podría considerar un romance erótico.

La historia de Rue y Eli, por supuesto, tiene un final feliz, pero quería avisarte de que también trata algunos temas serios para que sepas lo que te vas a encontrar.

Con cariño,

Ali

# 1

## BASTANTE SIMPLE

*RUE*

—Chicas, necesito haceros una pregunta no retórica: ¿cómo os apañáis para sobrevivir en el mundo real?

Me quedé mirando la cara de desprecio de Nyota, reflexionando sobre la sin igual humillación que suponía que la hermana pequeña de tu mejor amiga (a la que habíais rechazado una y otra vez cuando intentaba entrar en la casa del árbol del patio trasero, la que se había comido un moco en público en las Navidades de 2009 y a la que habían pillado morreando a una mandarina en el cuarto de la plancha unos meses después) cuestionara tu capacidad para ser una adulta funcional.

Hay que tener en cuenta que Tisha y yo éramos tres años mayores que ella y albergábamos un complejo de superioridad claramente fuera de lugar. Pero la cosa había cambiado ahora que la pequeña Nyota tenía veinticuatro años, había demostrado ser un prodigio en la Facultad de Derecho, se acababa de graduar como abogada concursal y cobraba más por hora de lo que yo pagaba por el seguro del coche. Para colmo, la seguía en Instagram, y por

eso sabía que era capaz de levantar pesas que pesaban más que ella, que los monokinis le quedaban de infarto y que tenía por costumbre preparar *focaccias* de cebolla y romero caseras.

En un gran alarde de poder cuya magnitud no me dejaba dormir por las noches, Nyota nunca me había seguido a mí.

—Ya nos conoces —le contesté. Preferí la sinceridad al orgullo. Tisha y yo estábamos encerradas en mi despacho de Kline, que era del tamaño de una ratonera, hablando por FaceTime con alguien que probablemente ni siquiera tenía guardados nuestros números de teléfono. La dignidad era la menor de nuestras preocupaciones—. Sobrevivimos a duras penas.

—¿Puedes simplemente responder a lo que te hemos preguntado? —Tisha se estaba empezando a cabrear.

Si para mí esto era una lección de humildad, para ella ni me lo imagino. Al fin y al cabo, Nyota era su hermana.

—¿En serio? ¿Me llamáis en plena jornada laboral para preguntarme qué es una cesión de crédito? ¿No podíais buscarlo en Google?

—Lo hemos buscado —respondí, omitiendo que habíamos añadido «para *dummies*» a la búsqueda. Y aun así...—. Creo que hemos pillado la idea general.

—Genial, pues ya estaría. Voy a colgar, os veo a las dos en Acción de Gracias y...

—Sin embargo —la interrumpí. Estábamos a finales de mayo—, la reacción de los otros trabajadores de Kline parece sugerir que quizá no estamos entendiendo del todo lo que implica una cesión de crédito.

Mi umbral de tolerancia ante los sucesos raros era alto y había sido capaz de ignorar al representante de Recursos Humanos que estaba navegando por una web de búsqueda de empleo desde su mesa de forma descarada, a los químicos que habían chocado conmigo de bruces y habían huido sin siquiera pedir perdón y la mirada ausente de mi jefe, Matt, quien solía ser bastante dictatorial, cuando le había dicho que el informe que estaba esperando me llevaría al menos tres horas más. Luego, mientras vaciaba mi botella de agua en una maceta que llevaba en la sala de descanso más tiempo del que yo llevaba trabajando ahí, un técnico se había puesto a llorar y me había dicho: «Debería llevarse a Christofern a casa, doctora Siebert. No es justo que muera por culpa de lo que está a punto de pasarle a Kline».

Yo no tenía ni idea de lo que estaba pasando. Lo único que sabía era que me encantaba mi trabajo actual en Kline, que el proyecto más importante de mi vida estaba en un momento crucial y que tenía demasiados problemas a la hora de socializar como para cambiar de trabajo así como así. Lo de ese día no presagiaba nada bueno.

—Va a haber una asamblea dentro de quince minutos —le expliqué— y nos encantaría ir teniendo una idea más clara sobre lo que...

—Ny, deja de quejarte y haz el favor de explicárnoslo como si tuviéramos cinco años, venga —le ordenó Tisha.

—Tías, sois las dos doctoras —señaló Nyota, y no como un cumplido.

—Vale, escucha con atención, Ny, porque esto va a hacer que te explote la cabeza y puede que tengamos que

denunciarlo ante la ONU y celebrar un juicio en La Haya: el tema de las empresas de capital inversión y las cesiones de créditos no se dio en ninguna de nuestras clases del doctorado en Ingeniería Química. Un hecho imperdonable, lo sé, y estoy segura de que la OTAN querrá tomar medidas, pero...

—Cállate, Tish. No te pongas sarcástica cuando me estás pidiendo un favor. Rue, ¿cómo os habéis enterado de la cesión de crédito?

—Florence ha mandado un correo electrónico a toda la empresa —respondí—. Ha sido esta mañana.

—¿Florence es la CEO de Kline?

—Sí. —Me pareció una respuesta muy pobre, así que añadí—: Y la fundadora. —Seguía sin ser una explicación exhaustiva, pero había un momento y un lugar adecuados para *fangirlear*, y este no era uno de ellos.

—¿Ponía algo acerca de qué empresa de capital inversión ha comprado el crédito?

Eché un vistazo al correo.

—El Grupo Harkness.

—Mmm... Me suena. —Nyota tecléo en silencio, con las vistas de Nueva York resplandeciendo a sus espaldas. Su oficina estaba en un rascacielos, a miles de kilómetros de North Austin. Aquello era un universo completamente distinto. Al igual que Tisha y yo, Nyota siempre quiso irse de Texas. A diferencia de nosotras, ella nunca había vuelto—. Ah, sí. *Esos tipos* —dijo al fin con los ojos entrecerrados delante de la pantalla del ordenador.

—¿Los conoces? —le preguntó Tisha—. ¿Son famosos o algo?

—Es una empresa de capital inversión, no un grupo de K-pop. Pero sí, son muy conocidos en el sector tecnológico. —Se mordió el labio. De repente, su expresión era de todo menos tranquilizadora, y sentí como Tisha se tensaba a mi lado.

—No es la primera vez que ocurre algo así —dije negándome a ceder ante el pánico. Me había graduado en la Universidad de Texas hacía un año, pero había estado trabajando para Florence Kline desde antes de terminar el doctorado. Nada de esto era nuevo para mí—. Hay movidas administrativas y problemas con los inversores cada dos por tres. Al final siempre se queda en nada.

—No estoy segura de que esta vez sea igual, Rue. —Nyota frunció el ceño—. A ver, lo que pasa es que Harkness es una empresa de capital inversión.

—Todavía no sé lo que significa eso —soltó Tisha.

—Como iba diciendo, es una empresa de capital inversión, es decir, es... un grupo de personas con muchísimo dinero y demasiado tiempo libre. Y en lugar de ser como el Tío Gilito y retozar en la pasta que han ganado con gran esfuerzo o dejarla en cuentas de ahorro como vosotras dos...

—Muy osado por tu parte dar por hecho que tengo ahorros —murmuró Tisha.

—... la usan para comprar otras empresas.

—¿Y han comprado Kline? —pregunté.

—No. Kline no ha salido a bolsa; no se pueden comprar acciones de la empresa. Pero, cuando se fundó, se necesitó dinero para poder desarrollar... ¿raviolis? ¿Es eso lo que hacéis?

—Nanotecnología alimentaria.

—Claro. Vamos a fingir que eso significa algo. En fin, el caso es que, cuando Florence fundó Kline, pidió un gran préstamo. Y, ahora, quien le proporcionó el dinero ha decidido vender ese préstamo a Harkness.

—¿Y eso significa que ahora Kline le debe el dinero a Harkness?

—Correcto. Ves, Rue, sabía que no eras del todo inútil. Mi hermana, en cambio, nunca deja de... —La voz de Nyota se fue apagando mientras fruncía el ceño frente al ordenador.

—¿Qué? —preguntó Tisha alarmada. Nyota no era de las que se callaban en mitad de un insulto—. ¿Qué pasa?

—Nada. Estoy leyendo sobre Harkness. Tienen una gran reputación. Se han centrado en *startups* tecnológicas de tamaño medio. Creo que tienen a un par de científicos en plantilla. Adquieren empresas prometedoras, proporcionan capital y apoyo para hacerlas crecer, y luego las venden para obtener beneficios. Comprar un préstamo no parece ser su *modus operandi* habitual.

Tisha me puso la mano en el muslo y yo apoyé la mía encima. Eso de dar consuelo físico no era muy de mi estilo, pero hacer excepciones con Tisha no me suponía ningún problema.

—¿Así que lo único que tiene que hacer Florence es devolverle el préstamo a Harkness y entonces se esfumarán? —pregunté. Parecía bastante simple. No había necesidad de involucrar a ningún portal de búsqueda de empleo.

—Bueno... En el mundo de yupi en el que vives, tal vez. Diviértete paseando con los unicornios, Rue. Es imposible que Florence tenga el dinero.

Tisha me apretó un poco más el muslo.

—Ny, ¿qué significa en la práctica? ¿Quiere decir que van a tomar el control de la empresa?

—Puede ser. Dependerá de lo que ponga en el contrato del préstamo.

Negué con la cabeza.

—Florence jamás les permitiría hacerlo.

—Puede que Florence no tenga elección. —El tono de Nyota se había suavizado de repente, y ahí *sí* que me asusté de verdad—. Según los términos del acuerdo, Harkness podría tener derecho a nombrar un nuevo CTO e interferir en el funcionamiento diario de la empresa.

Preguntar qué era un CTO no me iba a hacer ganar puntos de cara a ese «Seguir también» en Instagram, así que me limité a decir:

—Vale. ¿Cuál es la conclusión?

—Harkness podría no traeros ningún problema o ser el motivo de que necesitéis buscar otro trabajo. Ahora mismo, es imposible saberlo.

El «joder» de Tisha fue solo un suave murmullo. *Florence*, pensé, y se me secó la boca. *¿Dónde está Florence ahora mismo? ¿Cómo está Florence ahora mismo?*

—Gracias, Nyota —dije—. Has sido de gran ayuda.

—Llamadme después de la asamblea de hoy, para entonces tendremos una idea más clara. —Fue muy amable por su parte utilizar el plural—. Pero no estaría de más empezar a desempolvar vuestro currículum por si acaso.

En Austin hay un montón de *startups* tecnológicas. Buscad en internet, preguntad a vuestros amigos empollones si os pueden pasar algún contacto. Bueno, ¿tenéis más amigos aparte de vosotras dos?

—Tengo a Bruce.

—Bruce es un gato, Tish.

—¿Y...?

Empezaron a discutir y yo desconecté mientras trataba de calcular la probabilidad de que Tisha y yo encontrásemos otro trabajo en la misma empresa. Uno que pagara bien y nos diera la libertad científica que teníamos ahora. Florence incluso me había permitido...

Me asaltó un pensamiento horrible.

—¿Y nuestros proyectos personales? ¿Qué pasa con las patentes de los empleados?

—¿Eh? —Nyota ladeó la cabeza—. ¿Patentes de los empleados? ¿Para qué?

—En mi caso, se trata de un bionanocompuesto que...

—Ajá, en cristiano, por favor.

—Es una cosa que hace que los productos se mantengan más frescos. Y durante más tiempo.

—Ya veo. —Asintió en señal de comprensión. Su mirada de repente era más cálida y me pregunté hasta dónde sabía. Era imposible que Tisha le hubiese contado mi historia, pero Nyota siempre había sido observadora y quizá lo había averiguado sola. Al fin y al cabo, durante años, había pasado todos mis ratos libres en su casa solo para evitar volver a la mía—. ¿Es tu proyecto? ¿Tu patente? ¿Tienes algún acuerdo que ratifique que *tú* eres la propietaria de esta tecnología?

—Sí. Pero si Kline cambia de manos...

—Mientras el acuerdo esté por escrito, tú tranquila.

Recordé haber recibido un correo electrónico de Florence. Palabras largas, fuente pequeña, firmas electrónicas. Sentí un gran alivio. *Gracias, Florence.*

—Tías, intentad no comeros mucho el coco, ¿vale? Id a la asamblea a la que probablemente ya estéis llegando tarde. Averiguad todo lo que podáis y después me contáis. Y por el amor de la jueza Brown Jackson, actualizad vuestros malditos currículums. En el tuyo, Tish, sigue poniendo que eres peluquera canina, y eso fue cuando te estabas sacando la carrera.

—Sal de mi LinkedIn —murmuró Tisha, pero su hermana ya había colgado. Se recostó en la silla y soltó otro «joder».

Me quedé mirando al frente y asentí.

—Coincido.

—Ninguna de las dos tiene suficiente estabilidad emocional como para gestionar la incertidumbre laboral.

—No.

—A ver, nos irá bien. Nos dedicamos al sector tecnológico. Lo único que...

Asentí una vez más. Estábamos contentas en Kline. Juntas. Con Florence.

*Florence.*

—Anoche Florence me envió un mensaje —le conté a Tisha—. Me preguntó si quería ir a su casa.

Se dio la vuelta.

—¿Te dijo por qué?

Negué con la cabeza. Me sentía un poco avergonzada y culpable. *Qué bien eso de pasar de tus amigas cuando te necesitan, Rue.*

—Le dije que tenía planes.

—¿Qué planes te...? Ah, claro. Tu sesión de sexo trimestral. La Rue Desmelenada. Dios mío, ¿por qué no hemos comentado todavía lo del tío ese?

—¿Qué tío?

—¿En serio? ¿Me mandas una foto del carné de conducir de un tío y luego preguntas que «qué tío»? No te hagas la tonta.

—En fin, había que intentarlo.

Me puse de pie tratando de evitar el recuerdo de aquellos profundos ojos azules, de ese perfil de escultura griega que había hecho que me quedara mirándolo embobada, de esos rizos castaños casi demasiado despeinados... Él había mantenido la mirada al frente al llevarme a casa, como si se empeñara en no mirar en mi dirección.

—¿Has sabido algo más de él? Porque supongo que habrás hecho la locura de... —ahogó un grito y se llevó la mano al pecho— darle tu número.

—No he mirado el teléfono. —Ahora ese dispositivo permanecía en el fondo de mi mochila, presionado bajo una sudadera, una botella de agua y una pila de libros que debía devolver a la biblioteca en dos días. Y ahí se iba a quedar, al menos mientras siguiera preguntándome sin querer cada diez minutos si me habría enviado un mensaje.

Me gustaba obligarme a mantener un cierto distanciamiento cuando se trataba de hombres.

—Debería haber ido a casa de Florence —dije mientras me daban punzadas de remordimiento en el estómago.

—No. Si hubiese tenido que elegir entre que echaras un polvo o que te enteraras un poco antes de todo este lío, creo que habría elegido que tuvieras unos orgasmos. Soy así de generosa. —Tisha bajó la voz mientras nos dirigíamos al espacio abierto de la primera planta, andando una junto a otra por los pasillos ultramodernos de color azul marino de Kline y cruzándonos con varios trabajadores. Todos sonreían a Tisha y conmigo se limitaban a asentir con la cabeza, educados pero mucho más sombríos.

Kline había empezado como una pequeña empresa tecnológica y había crecido rápidamente hasta tener varios centenares de empleados. Yo ya había dejado de llevar la cuenta de las nuevas contrataciones. Además, la naturaleza solitaria de mi proyecto me convertía en una desconocida. La chica alta, seria y distante que siempre salía con la otra chica alta, la divertida y encantadora a la que todo el mundo adoraba. En Kline, el nivel de popularidad de Tisha y el mío eran tan dispares como lo habían sido siempre. Llevaba siendo así desde que íbamos a primaria. Por suerte, había aprendido a pasar del tema.

—Por desgracia, no hubo ningún orgasmo —murmuré.

—¿¡Qué!?! No tenía pinta de que se le diera mal follar, la verdad.

—No sabría decirte.

Frunció el ceño.

—¿No quedaste con él para eso?

—En un principio, sí.

—¿Y?

—Apareció Vincent.

—Venga ya, puto Vincent. ¿Cómo coño te...? En realidad, no quiero ni saberlo. ¿La próxima vez, entonces?

«Ya que nunca tienes segundas citas...», fue lo que me había dicho él, y al escuchar ese tono de voz melancólico me había subido la temperatura corporal.

—No lo sé —susurré con sinceridad. Yo también me sentí algo melancólica mientras Tisha y yo nos sentábamos en un sofá al fondo de la sala—. Creo que...

—Aquí es imposible aburrirse —dijo una voz aguda, y noté que se hundía el cojín de mi izquierda. Jay era nuestro técnico de laboratorio favorito. O, para ser más exactos, el favorito de Tisha, de quien se había hecho amigo en un santiamén. A fuerza de estar siempre con ella, yo me había visto envuelta en esa relación. Ese era un buen resumen de en qué consistía mi vida social—. Os juro por Dios que, si nos despiden a todos y no me conceden el visado y tengo que volver a Portugal y Sana me deja y...

—Cuánto optimismo, hijo mío. —Desde mi otro lado, Tisha se inclinó hacia delante con una sonrisa—. Por cierto, hemos investigado todo este embrollo. Si quieres, podemos explicarte lo que es una cesión de crédito.

Jay arqueó una ceja y los piercings que la atravesaban destellaron.

—¿No lo sabíais antes?

Tisha se enderezó y desapareció detrás de mí.

—Venga, venga... —Le di unas palmaditas reconfortantes en la pierna—. Al menos podemos decir que nunca hemos fingido ser algo que no somos.

—¿Personas inteligentes?

—Eso parece.

Una cascada de rizos rojos apareció entre la multitud y el nudo de pánico en mi pecho se aflojó al instante. Florence. La brillante e ingeniosa Florence. Ella era Kline. Había luchado con uñas y dientes por este proyecto y no iba a permitir que nadie se lo arrebatara. Desde luego, no una...

—¿Quiénes son esos cuatro? —susurró Tisha.

De repente, toda la sala se había quedado en silencio. Mi amiga no estaba mirando a Florence, sino a las personas que estaban a su lado.

—¿Gente de Harkness? —supuso Jay.

Me esperaba que llevaran el pelo repeinado hacia atrás, vistieran con traje y tuvieran ese estilo tan desagradable de los machotes que se dedican a las finanzas. Sin embargo, la gente de Harkness tenía pinta de que, en otra línea temporal, podría haber trabajado en Kline. Quizá lo de vestirse de manera informal no era más que una estrategia, pero parecían... normales. Accesibles. A la mujer de pelo largo se la veía cómoda con sus vaqueros y parecía complacida, al igual que el hombre de espalda ancha que estaba un pelín demasiado cerca de ella. Una figura alta con la barba bien cuidada observaba la sala con un poco de altanería, pero ¿quién era yo para juzgar? Ya me habían comentado varias veces que mi cara tampoco inspi-

raba cordialidad, precisamente. Y el cuarto hombre, el que había llegado último, con paso tranquilo y una sonrisa de tener confianza en sí mismo, parecía...

Se me heló la sangre.

—Ya me caen mal —murmuró Jay, lo cual hizo reír a Tisha.

—A ti todo el mundo te cae mal.

—No es cierto.

—Sí que lo es. ¿Verdad, Rue?

Asentí distraída, con la mirada clavada en el cuarto hombre de Harkness, atrapada como un pájaro en una marea negra. La cabeza me empezó a dar vueltas y sentí que me faltaba el aire. Y es que, a diferencia de los demás, esa cara me resultaba familiar.

A diferencia de los demás, sabía exactamente quién era él.